

IX

La casa de las Ruiz, aplastada, hundida en un rincón del patio, permanecía como aprisionada en invencible somnolencia. Al pasar delante de la puerta, percibíase un olor de abandono y de ruina. Reinaba allí la sombra. Los raudales de sol que bañaban de la mañana á la tarde las vivienditas de al lado, cubriendo con una caricia larga, suave, luminosa, los muros carcomidos por la humedad, apenas si se deslizaban hasta la ventana de Clara, á eso de las once, despertando á la moza de su turbado sueño. A través de los cristales empañados, donde las

arañas laboraban, nada se veía; los maderos entornados siempre, no dejaban pasar ni un rumor de vida. Semejaba aquella la morada de la soledad y del silencio, impassible ante el bullir de la existencia, sorda á los murmullos del caserón colonial, que resonaban á toda hora.

Los vecinos se interrogaban, extrañados del caso. Los hombres, empleadillos en su mayoría, cuando se encaminaban á la oficina, presurosos, mascullando aún los últimos bocados del desayuno, fijábanse en la vivienda de la *cómica*, intentando en vano penetrar el misterio de la juventud exuberante, bella, que se encerraba allí, tras de las paredes sombrías. Las mujeres, sobre todo, se apasionaban. Desde el amanecer no cesaban las preguntas y discusiones. Las criadas, con el rebozo liado á la cabeza, las faldas recogidas, mostrando los tobillos de dudosa blancura, acercábanse á la fuente, dejaban las cubas en el brocal, y poniéndose en jarras, se entretenían en charlar de lo lindo, siendo el tema obligado el de «qué pensaría la tiplecilla aquella.» El sol, un sol tibio de estío, un sol dorado, caricioso, dejaba caer sus rayos oblicuos que temblaqueaban sobre el cristal líquido y hacían ful-

gurar la superficie metálica de los recipientes.

—Oye, tú, mujer, ¿qué me cuentas de esa?

—Yo, nada, no he sabido nada. ¿Viste algo tú?

De ordinario poco sabían de cierto, conformándose con las suposiciones. Sólo Petra, la cocinera de los Gómez, una muchacha menudita, de ojos vivarachos y malicia singular, á la cual cortejaban con buen éxito los vecinos jóvenes, daba siempre amplios detalles sobre la vida y milagros de Clarita Ruiz. Ella estaba en cualquiera ocasión oído alerta para todo lo que hablaban sus amos.

—Pero ¿qué pueden decir?—interrumpía alguna del corro.—Si don Hipólito es un sinvergüenzón indecente.

—Bueno, lo será... ¡Yo qué sé!...

Y esto lo murmuraba con la cabeza alta, retozándola en las pupilas y en los gruesos labios una sonrisa de perversión. Después, al ver la insistencia de sus compañeras que la interrogaban, ansiosas, con el deseo desenfrenado de escudriñar las cosillas íntimas de sus patronas, de comentarlas en público, ostentando al sol el montón de miserias acu-

mulado en lo recóndito de las moradas, refa más alto, á tal extremo, que ahogaba el reír cristalino del agua.—No, ella no diría nada. ¿Qué la importaban las cochinas que hicieran allá dentro? Que las señoritas fuesen buenas ó malas, no era de su incumbencia, no señor. Allá con su pan se lo comieran, y todos en paz.—Pero su acento era de incisiva burla, de una intensa ironía, que se traducía en el gesto descarado de su trisgueña cara, en sus ademanes de chica prostituida junto al fregadero. Y la curiosidad despierta, no saciada de las otras, estrellábase contra su ignorancia, porque ignorancia era en realidad, pues hasta entonces nada sabía de cierto en tales asuntos. Susurrábase, eso sí, que la frialdad de Esteban Conti había sido vencida por la ternura inmensa de Eloísa; que el periodista seguía regalándose en casa de don Hilario; que éste nada descubría, embrutecido como estaba en las faenas oficinescas; que doña Luisa lo adivinaba y de seguro preparaba algo sonado, en tanto que paseaba su corpanchón por la casa; y, por último, que Teresita se moría de envidia al reflexionar en la suerte de su hermana, que de chica condenada al celibato que era, tornábase en mujer efectiva.

Y las mozas asediaban á Petra, obstinándose en arrancarla una palabra siquiera. Chillaban, reían, bromeaban, dichosas al contemplar la mañana limpia, de cielo azul, sin nubes. Mas presto volvían al tema de costumbre, hablando de doña Silveria y de su hija.—Doña Manuela, que á tales horas rondaba por las cocinas, trotando con su parásito de gorrión herido, husmeando con su nariz de pájaro de presa y observándolo todo merced á sus ojos astutos, cruzaba el patio, presurosa, yendo hacia el grupo de sirvientas, pródigo siempre en noticias interesantes.

—Buenos días, muchachas. ¡Ay! bien se conoce que no es mucho el quehacer.

—¡Como si usted trabajara tanto!—gruñía Petra, que en achaques de ironía no perdona á nadie.

Y la vieja, con sus eternas faldas de lana en otro tiempo negras, y ahora de ese color indefinible de ala de mosca, sonreía con aire bonachón y humilde:—Equivocaditas andaban las pobres. ¿No trabajar ella, que del alba al atardecer se deslomaba, saliendo á vender trapos viejos sólo por conseguir un pedazo de pan, un puñado de frijoles, y tantico maíz para *Matasiete*? Si por pereza se

entendía el que una persona anduviese calles y calles, sufriera malas caras y olor de ropa sucia, y se estuviese en su cuarto, aguja en mano, remeudando prendas no remendables, á trueque de una vil peseta, entonces ella ignoraba lo que era laboriosidad y apego á la faena. Los tiempos eran malos. El negocio no prosperaba: sobraba gente que diese ropa vieja á cambio de quincalla,—pero no bicho humano que soltara los dineros por adquirir hilachos.—¡Virgen María, para que lo dijese ella, que conocía el género como á sus mismas manos!—Y guiñaba los ojos, haciendo muecas de cansancio, mezclando á sus frases palabras mimosas para granjearse el afecto de sus excelentes amigas, que como tales trataba á las fregonas, fiel á sus aficiones republicanas, según decía, pero atendiendo en el fondo á su vicio de chismorreos, al deseo de penetrar las intimidades del nido ajeno.

Aquella mañana estaba doña Manuela harta nerviosa. La noche anterior había visto que de casa de las Ruíz salía una sombra que se recataba, deslizándose á lo largo de la pared, á fin de ganar la puerta. Su curiosidad crecía á medida que cavilaba en el descubrimiento: ¿era aquel extraño fantasma un misterioso visitante que pagaba á precio de

oro las bondades de Clarita; era acaso alguna correvidile que arreglaba dificultades y vencía obstáculos, ó bien la propia cómica que se lanzaba por esos mundos de Dios en busca de un amante?—No podría responder. Tan desusado acontecimiento tuvo lugar á eso de las nueve y media, cuando ella echaba el último vistazo sobre el patio, desde lo alto del ventanuco. Por lo tanto, vanos fueron sus esfuerzos para enterarse, á pesar de haber corrido en seguimiento de la sombra aquella, que se perdió quizás en las solitarias calzadas de la Alameda ó á la vuelta de la esquina, antes de que la benemérita cizañera pisase el umbral de la puerta.—Corrida tornó al obscuro tabuco, y maldito si pudo pegar los párpados en la cahurosa noche. En cuanto se proponía explicar el caso, embrollábase más, en suposiciones falsas, en pensamientos absurdos, indignos de su agudeza secular de vieja encanecida en los corrillos de vecindad. Sentíase herida en su orgullo al no saber nada; la indecisión y la rabia la hacían presa, sin que para evitarlo bastaran los planes que se forjaba, planes ilógicos, puesto que no partían de un punto cierto, de un vislumbre siquiera entrevisto de verdad.

Apenas los destellos del alba traspasaron los carcomidos maderos, levantóse. Cogió los guñapos que colgaban de un clavo, y, vestida ya, salió presurosa. Fué primero á la portería. Allí nadie supo decirle cosa de provecho. La portera, vieja encorvada con trazas de harpía, y su marido, hombretón enamorado de las tabernas, no vieron traponer á nadie el umbral la noche antes, ni mucho menos abrieron la puerta, después de las diez, á ninguna de las Ruiz.—Intrigada, abandonó aquel sitio doña Manuela. ¿Era entonces que Clarita no había salido de casa? Y dudosa aún ante la sospecha de que fuera un amante el que en la mustia vivienda penetraba, continuó sus pesquisas. Al cabo, ningún resultado la dieron, y muerta de congoja llegóse á la fuente donde las maritornes parloteaban como pájaros y hundían los morenos brazos en el agua que se agitaba, estallando en irisadas burbujas.

Lucía el sol con todo el esplendor de su cabellera rubia. Junto á las puertas, en derredor del patio, las flores de tiestos y macetas exhalaban fragancias de suave frescura. Reía el patio con el vaivén de sus moradores, los gritos de los hombres, la charla

de las mujeres y el lloriqueo de los chiquillos que iban á la escuela mohinos y anhelantes de holganza. El retintín de las jarras de los lecheros que medían el blanco líquido en sendos litros de hojalata, mezclábase al grito agudo de las vendedoras de legumbres, que se detenían en mitad del patio, con el cesto rebosante de coles, lechugas y tomates al hombro.

—¿Mercarán calabacitas? ¿Mercarán ejotes? ¡Las calabacitas, niña! ¡Los ejotes!

En el lavadero, bajo el techo de zinc que centelleaba, una mujer regordeta, como de treinta años, entreteníase en lavar rápida falda. Era de caderas redondas, de robustos pechos, y con voz clara y aflautada entonaba una cancioncita monótona, interrumpiéndola á intervalos para charlar con las otras chicas que se solazaban, bromeando, junto á las cubas rebosantes.

—Muchachas, buenos días.

—Buenos los tenga, doña Manuela.

No terminaba aún de repetir su saludo la buena señora, cuando se dió cuenta de que en el grupo pasaba algo. Todas refan discretamente, interrogábanse con la mirada, fingían una burda turbación, y si hablaban era para hacerlo con reticencias, con medias

frases, que para ella convertíanse en enigmas. Su buen olfato la hizo comprender que allí estaba el intríngulis que con tanta ansia buscaba. Y afinando lo más que pudo su natural meloso, decidióse á preguntarlas socarronamente. —Petra, sobre todo, guardaba una actitud interesante. Las miradas, los mudos comentarios, dirigíanse á ella deliberadamente, en tanto que sonreía con sus gruesos labios sensuales.

—¿No te lo decía yo, Petra? Y luego cuentan que una sola es la paseadora y la china....

—¿Y qué dijiste, eh? Vamos á ver ¿qué dijiste? —preguntó la vieja á la criadita.

Pero eran vanas las interrogaciones, las veladas súplicas. Nadie respondía. Eso sí, creyérase que la «gatuna» turba conocía el lado flaco de doña Manuela, complaciéndose en hacerla rabiar á fuerza de silencio y charlas incomprensibles. —Fué la primera vez en su larga existencia, que la chismosa encontró la burla en vez de la verdad. Su cachaza habitual vaciló; perdía la paciencia por instantes, y su acento almidonado, dulce, iba tornándose áspero y amenazador.

—Vaya, hablemos claro: se trata de la cómica esa, ¿no?

Rieron todas á coro, apretándose el vientre, inclinándose para no estallar. Algunas se llevaron el delantal á los ojos para limpiarse las lágrimas, y otras, no pudiendo resistir, corrieron, olvidándose de las cubas.

—¡Oh, muchachas! Parecen ustedes locas.... En serio, en serio....

—Ahora le ha dado por la seriedad, —murmuró Petra, riendo.

Entonces doña Manuela, haciendo un esfuerzo para dominarse, acercóse á la bullanguera chica, y cogiendo una de las puntas del rebozo, que se había deslizado á lo largo de sus hombros á causa de la convulsiva risa, dijo:

—Mira, que esto se ensucia, y no tendrás para comprar otro muy pronto..... —Y en seguida, la rogó al oído, desesperada ya.

Las demás permanecieron inmóviles, esperando, fijándose en los pequeños ojos de la moza, que chispeaban á cada una de las palabras de doña Manuela. Y el sol jugueteaba sobre el brocal de la fuente, y el patio reía, con el esplendor de la mañana estival.

De pronto, Petra estalló en una carcajada.

—¿A que no se figuran lo que dicen? ¿A que no?

É irónicamente burlona ante la mirada de asombro de la vieja, exclamó al fin, con voz entrecortada:

—¡Pregunta si Clarita pasó la noche en casa!.... ¡Ja, ja!.... La inocente de ochenta años....

Se desencadenaron las risas. Eran risas picantes, jocosas, agudas como alfilerazos. La portera, que hacía un instante barriía un rincón, detúvose en su tarea, escuchando, alelada; la mujerona del lavadero cesó en su faena, atenta. Y doña Manuela, al percartarse de aquellas pupilas fijas en ella, de aquellas risas que la zaherían, perdió su serenidad, y abalanzóse sobre la menuda sirvienta, con los puños en alto.

—¡Ah, bribona, me las pagarás!....

Petra se esquivó y cogió la cuba, huyendo después, sin cesar de reír, en tanto que un hilillo de agua se desbordaba, manchando la negrura del suelo. Y doña Manuela no supo qué hacer al darse cuenta de que las otras escapaban también, como bandada de pícaros gorriones.—Todavía estaba allí, clavada en el pavimento, con la arrugada faz llena de ira, cuando escuchó el cacareo de *Matasiete*, que allá en la ventana del descansillo agitaba su vistoso plumaje. Iba á en-

derezar sus pasos hacia el chiribitil, murmurando frases de enojo, cuando la sorpresa la dejó muda, idiotizada de puro asombro:—Por la ancha puerta del caserón entraba Clarita Ruiz, rápidamente, escondido el rostro en negro chal, como si quisiera escapar á indiscretas miradas.—Doña Manuela sonrió, triunfante, invadida de intenso regocijo. Al cabo descifraba la frase aquella que tanto eosquilleo la hiciera:—«Y luego cuentan que sólo una es la paseadora y la cochina.»—Gustosa, con menudo paso, acudió al segundo llamamiento del gallo, lamentando, sin embargo, el no ser ella la única poseedora del secreto.

Cuando Clarita se coló en la pieza de entrada, hallábase de tal modo aturdida que pensó que nadie la había visto. Introdujose en la recámara invadida por macilenta luz, dejó el chal sobre la cama, quitóse el viejo corsé, las raídas faldas azules, las botitas llenas de barro; y cogiendo las antiguas zapatillas de seda, sentóse en el sofá á fin de ponérselas. Luego, lanzando un suspiro de satisfacción, se desperezó. Estaba rendida, fatigadísima. Un desfallecimiento atroz había apoderado de ella; su estado anímico era el de las naturalezas materialmente débiles,

que se doblegan después de las grandes emociones. Pálida, de una palidez marmórea, su cutis no ostentaba el leve tinte rosa que le bañara por las mañanas; sus ojos circundados de grandes ojeras, eran los de la cortesana poseída de muelle laxitud después de una noche de amor; sus labios, secos, no tenían la frescura de los otros días. En aquel momento no sonreía con la sonrisa activa que la distinguiera: su semblante revelaba una tristeza cruel, una intensa amargura, que, de seguro, si su carácter no fuese egoísta, áspero, la impulsaría á las lágrimas.

Sobre la mesita de noche veíase una caja de cigarros abierta. Encendió uno, y se absorbió en la contemplación de la espiral de humo azulado que subía, que subía siempre, en la atmósfera saturada de un olor acre de abandono. No oía nada, en nada pensaba: su aniquilamiento la prodigaba siquiera el dulce consuelo de una indiferencia estúpida.—Escuchó la voz de Lena, que en el patio saludaba á las Gómez, riendo. Después llegó hasta ella distinto, claro, el taconeo de la chiquilla, que se tornó indeciso por instantes, hasta perderse en el rumor de afuera, confuso, incesante. Aquello la hi-

zo salir de su abstracción. Pensó, dióse cuenta de que estaba allí, en su cuartito de muchacha pobre.

¡Cuántas cosas se habían sucedido desde la noche maldita del *debut*! La desilusión, las esperanzas desvanecidas, tantos sueños creados allá en lo recóndito de la mente, fueron coronados al final por la miseria que ella no preveía, que no esperaba. —Recordó el amanecer de aquel día, cuando aún conservaba en su rostro las huellas del colorete; amanecer gris, preñado de tristezas. Suspiraba entonces por la agonía de sus ambiciones, de los anhelos que alentaban su monótona vida de muchacha olvidada. Pero no la había hecho presa la desesperanza, el escepticismo que todo lo ve negro y no confía. Su belleza, palpable, admirada mil veces en el espejo, la infundía una gran esperanza: la de que la fortuna llamaría á su puerta, elevándola á la cima. —Así, las horas transcurrían. Hubo de tornar á sus costumbres de antaño, con dolor, es cierto, pero animada en el fondo. Mas una tarde la pottera le entregó un sobre cerrado, blanco, que lucía arrogante sello. Era del Ministerio de la Guerra, y en él participaban á su madre que cesaba la pensión que recibían. —El golpe

no pudo ser más rudo. ¡Cómo! ¿En adelante no contarían con aquel auxilio para subsistir? Y enloquecida, abrumada, tuvo el valor de callar, de no decirlo á nadie. Adivinó la mano negra: eran los amigos, los buenos amigos de su padre, que por respeto á su memoria, exponían á la viuda y á á la hija al hambre. Y su sospecha confirmóse con una carta de una amiga de su niñez, que leyó días más tarde, y en la cual se asentaba que un personaje influyente, escandalizado al ver el nombre de ella en los carteles, llevó la amistad que profesaba al difunto Coronel hasta el extremo de rematar la obra que la hundía de súbito en la miseria.

Repuesta de su sorpresa, serena ya, ocultó la escasez que se avecinaba, amenazando al cuchitril aquel, tumba de sus grandes ansias. Siguió la vida su curso, monótona, silenciosa. Ni una racha de aire puro llegaba de afuera: por los cristales sucios, filtrábase opaca claridad que hacía más dolorosa la tristeza de su existencia, enfangada siempre en el obstáculo, en el obstáculo invencible contra el que luchara, y que se interponía, semejante á espesa bruma, entre su presente y su futuro. Y su misma miseria

a impulsó á un refinamiento de pereza. Días hubo en que no abandonase el lecho, tendida de espaldas, semidesnuda, aspirando el humo del cigarro y absorviéndose en la lectura de novelas verdes, única distracción de sus horas de soledad y abatimiento.—En vano Lena, que bajaba diariamente, la instó á que salieran á dar paseos por Chapultepec, como en los mejores años. Nada quería; resistíase á las nuevas insinuaciones de la chiquilla, que se quedaba perpleja al verla así, á ella, que antes, por más que no pecara de bulliciosa, no vaciló nunca en echarse á andar por las calles con sus eternos vestidos reformados.—Tampoco volvió á pisar las casas vecinas. A la de los Fernández no iba desde la víspera del fracaso, adivinando cierta hostilidad en los ojos dulces de Antofñita; los Gómez la cerraron la puerta desde el momento en que Eloísa, con su percepción de mujer amante y celosa, adivinó algo de lo que pasaba en el corazón de Esteban Conti.—Sus refinamientos de laxitud y vida solitaria no tenían otra causa que el deseo de olvidar, de ignorarlo todo, ella, la única poseedora del secreto. Y lo fingía de manera tan asombrosa, que nadie, ni la propia doña Silveria, se percató del drama

que azotaba su alma, del drama que por instantes la minaba, empujándola al fin que preveía de tiempo atrás, pero que no esperaba tan pronto.—Muchas veces hizo la pregunta terrible:—¿Qué hacer? Y ni una idea brotaba de su mente, ni se creía con fuerzas para adoptar una pronta determinación. Al fin, llegó el día del hundimiento. Ningún recurso saltaba á sus ojos; era como el negro poder del destino que la empujaba hacia la torcida ruta.

La víspera de aquel día—21 de junio,—doña Silveria, con su andar pausado y su habla gángosa, se acercó á la mesita en donde Clara daba los últimos sorbos de té. Pedía dinero, el dinero para las compras, y la muchacha dirigióse á la cómoda en la cual guardaba los restos de la mensualidad. Sus manos temblaron al coger un peso que allí, en el rincón del mueble, brillaba con brillo tenue. Era el último, lo necesario para pasar las veinticuatro horas siguientes, reduciendo al *mínimum* los gastos.

Cuando tornó hacia su madre, hallábase pálida, y su voz parecía haberse debilitado.

—¿Pero, qué tienes?

—Nada, madre,—respondió, poniendo en manos de ella la moneda reluciente.

La vieja, al examinar ésta, montó en cólera, en una de aquellas tercas irritaciones que provengan de su estado convulsivo de alcohólica. ¡Cómol! ¿Un peso nada más? Sólo al lechero adeudaban otro tanto, y así, por el estilo, á la panadería de á la vuelta y á la tienda. ¡No, aquello no era de soportarse! ¿Se había propuesto la picarona de su hija que muriesen de hambre?—Porque ya no les fiarían.—Fué un chispazo, una llamarada que la arrancó de su sueño de bestia. Erguida, con su miserable cuerpecillo agostado por el aguardiente, miraba á Clara mostrándola el duro que retenía en la mano. La chica, sombría, sentóse de nuevo, con los ojos bajos, nerviosa, agitando la cucharilla contra la taza. Y cuando doña Silveria cesó en el torrente de palabras que escapaban roncadas de su pecho, la moza, altanera, alzando el rostro con estoica indiferencia, murmuró:

—Tú eres la culpable de todo, madre. Pero, no te apures, no, que el dinero lo tendrás....

En sus palabras vibraba el odio contra aquel pingajo humano al que llamaba madre. Revivían en ella las reflexiones que hiciera sobre el pasado, sobre aquel pasado

fastuoso que aprisionara á sus padres, cegándoles hasta el extremo de haberla echado al mundo en que vivía, sin esperanza alguna. Resucitaban los rencores dormidos, la amargura acumulada día á día en el fondo del pecho. Y quiso decirlo con vehemencia todo lo que pensaba, todo lo que sentía; pero, apoyada en su natural orgullo, contúvose, y hubo de limitarse á repetir, con una sonrisa de desprecio:

—Mañana lo tendrás.... Vete, déjame.

A continuación, ya sola, requirió tintero y pluma, y cogiendo una hoja de papel, escribió:

«Señor Cortezo: Aunque de usted no tengo necesidad, ya que, pobrememente, vivo, estoy dispuesta á todo. Acepto lo propuesto: seré suya. Espéreme esta noche, en el costado oriente de la Alameda.

CLARA RUIZ.»

No vaciló su puño. Los caracteres menudos, pequenísimos, estampáronse en el papel destacándose negros, firmes, como si fueran el resultado de largas meditaciones. Después, cuando hubo doblado el pliego, encerrándolo en el sobre, conservó la carta en sus manos, mirándola atentamente, cual si una duda la poseyera.—Cafa al cabo. Pe-

ro no en brazos del hombre que soñara, del hombre fuerte y rico destinado á satisfacer sus ambiciones contenidas; del que la alzase á aquel mundo ideal de la galantería en el que pensaba triunfar como reina. No; aquel sér ideal, producto neto de su fantasía de pobre degenerada, desvaneciase, como se habían desvanecido sus ilusiones de una vida. Caía en los brazos endebles de un viejo enriquecido por la usura; de un viejo vulgar; del ángel malo de su familia; del que la había arruinado, no con la saña y fiereza del que se propone despojar al prójimo á los ojos del mundo entero, sino con la marrullera hipocresía del que lo roba todo con el propósito de devolverlo más tarde á cambio de algo mejor. Don Antonio Cortezo la deseaba rabiosamente; la quería desde la niñez con la voracidad del viejo lascivo que ambiciona carne joven. Ella lo sabía: aquel hombre que nunca podría ofrecerle honra porque era casado, ni juventud porque frisaba en los sesenta y tantos, sí la daría dinero, el metal soñado.

Obedeciendo á tales causas, salió de su casa la noche antes, fría, tranquila, confiada en el éxito feliz. Ni á doña Silveria dijo una sola palabra de su determinación. En

la calle, cuando huía á lo largo de la acera con el vivo taconeo de sus botitas, creyó percibir una silueta: la de Esteban Conti, el chico ansioso de goces, que la perseguía con la mirada desde meses atrás. — El rubor asomó á su rostro. Una angustia inexplicable la invadió, y hubo de sentir que sus piernas flaqueaban. Mas aquello duró un instante. Al punto recobró su aplomó, viendo que el joven se detenía, como reflexionando si la carita que entreviera al fulgor de un rayo de luz era la de ella.

Iba á atravesar la ancha avenida solitaria, cuando escuchó pasos apresurados á su espalda. Volvióse ligeramente y observó á Conti que la seguía. Vaciló; tentada estuvo de continuar su marcha, no obstante la presencia del otro. Mas un resto de pudor, el miedo de aparecer ante él como la cortesana que se vende á la sombra de los árboles de público paraje, obligóla á retroceder. Violentó el paso; cruzó casi corriendo el jardín que tornaba sombría la fachada de la Santa Veracruz, é internóse en una calle estrecha, apenas alumbrada por el resplandor blanquecino de un foco eléctrico. Y torció á la izquierda, no cesando en su carrera hasta llegar al mercado de Juan Car-

bonero.—Reclinóse contra uno de los muros mugrientos, en un rincón de penumbra. Reinaba allí la soledad, una soledad inquieta, estremecida por los rumores que brotaban de las cantinas cercanas. Respirábase un olor nauseabundo de legumbres podridas, de carnes deshechas, de pescados, de quesos putrefactos, ese olor acre de los mercados cuando ha pasado la fiebre de la compra. En el cielo, de un azul casi negro, asomaba su anémica faz una luna pálida, y el aire tibio era arrojado á bocanadas sobre la plaza por las calles que se abrían en torno.—Clarita respiró á sus anchas, arreglóse algunos mechoncillos de pelo negro que habían caído sobre su frente humedecida en el furor de la desalada marcha. Por fin estaba libre de los ojos de aquel importuno. Se dispuso á volver á su camino; escurrióse en derredor, é iba á dar el primer paso, cuando en el cuadro luminoso de la esquina próxima se destacó la delgada silueta del periodista.—Esteban se hallaba, á todas luces, desorientado. Sin duda antes de desembocar en la plaza hubo de entregarse á sus cavilaciones. Miraba en derredor con mirada penetrante, y por la viveza de sus ademanes advertíase que titubeaba en seguir una sen-

da njada de antemano. Clavó los ojos en la mole negruzca del mercado, y, decidido, avanzó hacia él, justamente en dirección del sitio donde se escondía Clarita.—La muchacha, cediendo á la tensión de sus nervios, perdió la serenidad, y, rápidamente, volvió á proseguir la huida, la dolorosa huida á través de calles desiertas. Corría, volaba, cogidas las faldas, caído sobre los hombros el transparente chal, la cabeza al aire, sudorosa. Y otros pasos tan apresurados como los suyos resonaban atrás, persistentes, uniformes. Al pasar ante un zaguán abierto, deslumbrante de luz, escuchó el son de un vals canallesco ejecutado en el piano, coreado por gritos de alegría brutal. Algún pensamiento sombrío surgió entonces su mente, porque su andar convirtióse en desenfrenado. Luego, tropezó con una mujerzuela de voz ronca, que á las puertas de un tabuco llamaba á grandes voces á un gandul que reía estrepitosamente en mitad del arroyo. Y huía, huía sin detenerse, sin respirar, con el pecho oprimido, invadida de un extraño sentimiento, mezcla de temor y de coraje. Súbitamente, internóse por una calle tortuosa, angosta, oscura. Los pasos que oía tras de ella se ace-

leraron, y, de pronto, sintió que una voz desfallecida susurraba:

—Clarita . . . Clarita . . . Por Dios, no corra usted . . .

No se detuvo. Siguió, siguió su marcha en la sombra, aturdida, loca. Mas de súbito resucitó la mujer altiva. ¿Por qué huír si nada temía de Esteban? ¿Por qué ocultarse si en adelante lo sabrían? Fué una reacción rápida. Sus pobres nervios excitados calmáronse de pronto. La oleada de altivez que la invadiera acalló los pudores que sentía, aquella renuencia á mostrarse tal cual era al hombre que la codiciaba, al muchacho alegre que de meses atrás la perseguía, atraído por el deseo, por un deseo de soñador de la carne.

Y no dió un paso más.

Se encontraron allí, frente á frente, en la calle oscura, sumida en perezosa somnolencia. Ella, con el chal caído sobre los hombros, los ricillos invasores en la frente, la falda negra ajada, polvosas las botitas; él, entre serio y sonriente, con su presuntuoso clavel en el ojal y su saco de fino corte deslucido por la vertiginosa marcha.

—Esteban, ¿qué quiere usted?

Vaciló; llegaba al fin el momento, la oca-

sión acechada durante tanto tiempo; el minuto dichoso que quizás se ofrecía aquella noche para no volver nunca. ¿Qué hacer? ¿Arrojarse sobre ella, hacerla suya con la complicidad de la sombra, poseerla, con el furor del creyente por la imagen; ó bien rogarla, suplicarla, arrodillarse con ingenuidad de niño? De todo eso experimentó impulsos; pero una secreta cobardía, una timidez rara en él le retuvo.

—Yo . . . pues yo . . .

Clarita sonrió con maligna sonrisa que plegaba sus labios graciosamente. Aquel chico que tenía delante, tan altanero con las otras, era sumiso con ella. Sintió una dulce compasión, y le dijo, con acento más bien de amistad que de enojo:

—Estéban, váyase usted.

—Clarita, no sabe lo que yo he sufrido . . .

—¿Sufrir? ¿Sufrir? ¿Pero qué hay entre nosotros para que usted sufra?

—Nada y mucho. Yo tengo una duda . . . una duda . . .

Pareció titubear. Su voz temblaba con temblor ligero, apenas perceptible; sus manos daban vueltas febrilmente al puño del bastón. Le embriagaban el aliento de aque-